



La mujer posmoderna y el machismo*

William Roberto Daros**

Para citar este artículo: Daros, William Roberto. «La mujer posmoderna y el machismo». *Franciscanum* 162, Vol. LVI (2014): 107-129.

Resumen

El autor expone aquí algunas reflexiones sobre el papel de la mujer en la sociedad. Para ello se tienen en cuenta diversas posturas y perspectivas sobre anteriores formas de concebir la mujer, para luego detenerse en las propuestas del sociólogo G. Lipovetsky, en lo que él denomina «tercera mujer», desde el papel que ha asumido la mujer en esta época posmoderna y, finalmente, se plantean algunas reflexiones en relación con la llamada cultura machista y las propuestas ideológicas que la sustentan.

Palabras clave

Lipovetsky, desvalorización, exaltación, cultura machista, mujer posmoderna.

El autor agradece el otorgamiento de una beca a la Universidad Adventista del Plata (UAP - Entre Ríos, Argentina), que hizo posible este trabajo, el cual se encuadra en el texto mayor de un libro de próxima edición. En este libro, se hallan explicitadas algunas afirmaciones y conclusiones solo enunciadas aquí, dados los límites que impone un artículo.

Profesor en Letras y doctorado en Filosofía. Se graduó también en Italia-Roma, donde realizó y presentó trabajos de investigación filosófica. Actualmente es docente de filosofía e investigador principal, -con sede en la Universidad del Centro Educativo Latinoamericano (UCEL)-, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), aplicando sus investigaciones preferentemente al ámbito de la filosofía de la educación. Forma parte, además, del Comité de Pares de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU) y de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT) del Ministerio de Cultura y Educación. Ha publicado numerosos libros sobre filosofía y educación, y artículos en revistas especializadas de América y Europa. Contacto: daroswr@yahoo.es

The postmodern woman and male chauvinist

Abstract

The author presents here some reflections on the role of women in society. To do this takes into account various positions and perspectives on previous ways of understanding women, coming to rest in the proposals of the sociologist G. Lipovetsky, in what he calls «third woman», since it has assumed the role of women in this postmodern era and finally some thoughts concerning the call male culture and ideological support proposals that arise.

Keywords

Lipovetsky, minusvalue, exaltation, male culture, postmodern woman.

Introducción

Desde hace tres décadas, como afirman Viviana Erazo y Pilar Maurell¹, se mueve en la escena del mundo occidental una mujer que conquistó el poder de disponer de sí misma, de decidir sobre su cuerpo y su fecundidad, el derecho al conocimiento y a desempeñar cualquier actividad. Sin embargo, dice el filósofo e investigador francés Gilles Lipovetsky², este cambio no significa una mutación histórica absoluta que hace tabla rasa del pasado. Nos equivocáramos, sin embargo, si creyésemos que se ha instalado un modelo de similitud de los sexos,

.....

1 Cf. Viviana Erazo y Pilar Maurell, «La tercera mujer de Gilles Lipovetsky», *Antroposmoderno*. Consultada en abril 15, 2012, http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=4.

2 Gilles Lipovetsky nació en París en 1944. Es un filósofo, francés, profesor agregado de filosofía, profesor de la Universidad de Grenoble, miembro del *Consejo de Análisis de la Sociedad* y consultor de la asociación *Progrès du Management*. En sus principales obras hace un análisis de lo que se ha considerado la sociedad posmoderna, con temas recurrentes como el consumo, el hiperindividualismo contemporáneo, la hipermodernidad, la cultura de masas, la globalización, el hedonismo, la moda y lo efímero, los *Mass media*, el culto al ocio, la cultura como mercancía, el ecologismo como disfraz y pose social, entre otros.

es decir, un proceso de intercambiabilidad o de indistinción de los roles masculino y femenino.

Las culturas condicionan las maneras de ser y las valoraciones de las mismas, mediando un aprendizaje social³. Los filósofos, psicólogos y sociólogos perciben y describen estos cambios, si bien sigue siendo difícil probar estas constataciones al modo de las ciencias positivas. Las encuestas y las estadísticas indican una cierta propensión o tendencia de opiniones; pero siempre se encuentran casos opuestos que, empero, tampoco son suficientes como para refutar las opiniones mayoritarias⁴.

El libro *El segundo sexo* (1949), como Simone de Beauvoir definió al ser femenino por su subordinación al hombre, ya no describe la nueva condición de la mujer. Después de los años 60 y las transformaciones sociales y culturales que tuvieron lugar en Occidente, se ha producido el advenimiento histórico de la mujer sujeto, lo que Lipovetsky llama la *Tercera mujer*.

G. Lipovetsky conocido por sus libros *La era del vacío*, *El imperio de lo efímero*, *El crepúsculo del deber*, en los que da cuenta de sus investigaciones sobre las tendencias fundamentales de la cultura actual y expone sus tesis sobre el replanteamiento del individualismo y la posibilidad de una ética posmoderna, ha visitado últimamente Latinoamérica, ofreciendo ciclos de conferencias. Se trata de temas actuales acerca de la sociedad, temas que posibilitan reflexionar sobre lo que vivimos y que generan tanto el aplauso como el cuestionamiento.

1. La primera y segunda mujer

Según G. Lipovetsky, la forma de vivir de las mujeres, en nuestra cultura occidental ha pasado, por tres grandes paradigmas.

En primer lugar, este autor percibe que *la mujer ha sido desvalorizada y despreciada*. Desde cuando se tiene noticia, los

3 Cf. Graciela Morgade, *Aprender a ser mujer, aprender a ser varón* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 1992). María Elena Simón Rodríguez, *La igualdad también se aprende* (Madrid: Narcea, 2010).

4 Cf. William Roberto Daros, *Introducción a la epistemología popperiana* (Rosario: CONICET, 1998), pp. 119-120, y Caps. III y IV. Consultada en agosto 29, 2010. www.williamdaros.wordpress.com

trabajos se dividieron en roles atribuidos a las mujeres y en roles atribuidos a los hombres. Esta distribución no fue simétrica, sino que se dotó a los hombres de valores superiores y positivos (la guerra, la política); mientras que las labores femeninas se estimaron inferiores y negativas, haciéndose excepción con referencia a la maternidad y su función procreadora. Pero aún en este caso, era el hombre el único dador de vida y la mujer era la cuidadora de un germen de vida.

En el primer paradigma de la mujer, esta aparece ya en los mitos, como una potencia misteriosa y maléfica, unida a las fuerzas del mal que agreden el orden social. Se las describe como seres engañosos, licenciosos, inconstantes, envidiosos. En algunas sociedades primigenias, no obstante, la mujer ejerce derechos no desdeñables en materia de propiedad, vida y educación doméstica, de dominio de las palabras y maledicencia, e incluso de sacerdocio. No obstante, en esa etapa, la mujer permanece en la sombra y en el olvido; no tiene un papel relevante en la construcción de la historia de los pueblos y no tiene, como los hombres, gloria inmortal y honores públicos⁵.

Mas se ha dado un *segundo paradigma de la mujer*: en este, ella es *exaltada*. A partir del siglo XII, el código cortés crea el culto a la dama amada. El Renacimiento lleva a su apogeo este paradigma: Dante idealiza a Beatriz y Don Quijote dedica sus hazañas a honrar a su dama Dulcinea (en la realidad, una campesina del Toboso). Los siglos posteriores, y la misma Ilustración, alaban los méritos de las mujeres y sus aportes al mejoramiento de la cortesía y al arte del buen vivir. La mujer es entonces idealizada, alabada y sacralizada como la luz que engrandece al hombre. Mas esta idealización no cambió la situación real de la mujer que siguió confinada al hogar, obediente al marido, sin independencia económica y sin desempeñar papel alguno en la política. En el siglo XVIII se amplía, no obstante,

5 Cf. Gilles Lipovetsky, *La tercera mujer: permanencia y revolución de lo femenino* (Barcelona: Anagrama, 2006), 215. Consultada en abril 14, 2012, http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=4.

la influencia de la mujer sobre el marido: el bello sexo se adueña románticamente de los sueños masculinos.

2. La tercera mujer

Se ha dado, además, un *tercer paradigma de la mujer* (la tercera mujer): la *mujer indeterminada o posmujer*, según Lipovetsky. Desde mediados del siglo xx, la mujer ya no es definida por la mirada del hombre y no fue más que lo que el hombre quería que fuese. Ahora, la mujer se advierte como posibilidad abierta y aún indefinida de lo que ella desea ser. Pierde fuerza la idea de la mujer entendida como mujer de su casa y se abre paso la idea de la legitimidad del derecho al sufragio, al descasamiento, a la libertad sexual, al control sobre la procreación. La mujer puede ahora elegir lo que desea ser; tiene el poder de inventarse a sí misma. Esto no supone la desaparición de las desigualdades entre los sexos, sobre todo en relación a organizar la vida familiar.

El reconocimiento de la igualdad de derechos, no conlleva a un estado de intercambio de roles y lugares. La novedad no reside en el advenimiento del universo unisex, sino en un *ingreso abierto para las mujeres*. La mujer quiere tener responsabilidades en el trabajo y en la vida política como los hombres, sin renunciar a ser madre y esposa; sin renunciar a ser seductora y permanecer joven durante mucho tiempo.

La libertad para dirigirse cada uno a sí mismo es, ahora, un derecho común de ambos sexos. Este derecho común no significa, sin embargo, una igualdad en los roles. Hasta hace menos de medio siglo, el rol del padre y el de la madre estaban netamente marcados.

El marido, en principio, tiene a su cargo proveer los recursos del hogar y asegura la dirección de la familia. La esposa, por su parte, es responsable de la cohesión afectiva del grupo doméstico y se ocupa de la casa y de los hijos (...) El reparto de los papeles es nítido y exclusivo: solo la mujer se consagra a las tareas domésticas, hasta tal punto que resulta deshonesto para el marido cuidar de los críos y ocuparse de la casa. Reconocido por la ley como «cabeza de familia», el hombre, dotado de extensas

prerrogativas y responsabilidades, ejerce la autoridad tanto sobre sus hijos como sobre su esposa⁶.

Por cierto que ha habido excepciones, donde los maridos, sumisos y diligentes, entregaban su salario a sus esposas, reconocidas como las «dueñas» de la casa, renunciando a ejercer la autoridad en beneficio de la supremacía de la madre.

La *tercera mujer* rechaza el modelo de vida masculino, el dejarse tragar por el trabajo y la atrofia sentimental y comunicativa. Ya no envidia el lugar de los hombres ni está dominada –como diría el psicoanálisis– por el deseo inconsciente de poseer el falo. Representa una suerte de reconciliación de las mujeres con el rol tradicional: el reconocimiento de una positividad en la diferencia hombre-mujer. La persistencia de «lo femenino» no sería ya un aplastamiento de la mujer y un obstáculo a su voluntad de autonomía, sino un enriquecimiento de sí misma.

La larga marcha por la autonomía de las mujeres no está terminada. Lipovetsky considera que en el futuro será más importante la movilización y responsabilidad individual que las movilizaciones colectivas. Será un feminismo más individualizado, menos militante, el que se vislumbra en todo caso en las naciones europeas. Un feminismo tal vez más irónico en relación a sí mismo y «vis à vis» de los hombres. Un feminismo que no parte en guerra contra la femineidad y que no diaboliza al hombre⁷.

3. El rescate de la diferencia

Hoy, según Lipovetsky, la libertad de gobernarse a sí misma/o, que ahora se aplica indistintamente a hombres y mujeres, es una libertad que se construye siempre a partir de normas y de roles sexuales que permanecen diferenciados. Un ejemplo es la relación prioritaria de la mujer con el mundo privado, la afectividad y los sentimientos,

6 *Ibid.*, 227.

7 *Cf. Ibid.*, 80.

así como la permanencia de su rol al interior de la familia. En el terreno del amor y la seducción, y a pesar de la revolución sexual, esta época no logró cambiar la posición tradicional de las mujeres en sus aspiraciones amorosas. No obstante, la caída de innumerables tabúes, el sentimiento sigue siendo el fundamento privilegiado del erotismo femenino. Si bien en las maniobras de acercamiento entre los dos sexos, las mujeres empezaron a tomar la iniciativa, es mucho más discreta y selectiva que la que practican los hombres.

Para Lipovetsky, las desigualdades que aún persisten en el mundo del trabajo, de la política y otros no se explican solo como sobrevivencia de valores del pasado, retraso o arcaísmo, que la dinámica igualitaria hará desaparecer en el futuro.

El lugar predominante de la mujer, en el rol familiar, se mantiene no solamente a causa del peso cultural y de las actitudes egoístas de los hombres, argumenta; sino porque estas tareas enriquecen sus vidas emocionales y relacionales, y dejan en su existencia una dimensión de sentido⁸.

En las sociedades posmodernas, los códigos culturales que obstaculizan radicalmente el gobierno de sí misma, como la virginidad o la mujer en el hogar, pierden terreno. En cambio, para Lipovetsky, los códigos sociales que como las responsabilidades familiares permiten la autoorganización, el dominio de un universo propio, la constitución de un mundo cercano emocional y comunicacional, se prolongan cualquiera sea la crítica que los acompañen por parte de las propias mujeres.

4. El terreno del poder

A pesar de la feminización de las carreras y del empleo, el poder económico y político permanece mayoritariamente en manos

8 *Ibid.*, 235. Gilles Lipovetsky y Jean Serroy, *La cultura-mundo: respuesta a una sociedad desorientada* (Barcelona: Anagrama, 2010).

masculinas. Si las mujeres están asociadas prioritariamente al polo privado de la vida y los hombres al público, esto tiene consecuencias inevitables en la cuestión del poder. Aunque lejos estemos todavía de una sociedad que dé las mismas posibilidades a hombres y mujeres en el acceso al poder, esto no se debe solamente a los obstáculos masculinos sino a la priorización que dan las mujeres a los valores privados que las vuelve refractarias a la lucha del poder por el poder.

Se espera que en el futuro habrá muchas mujeres en los centros de poder, pero no será el poder político el último bastión masculino en caer; será el poder económico el más lento en abrirse a las mujeres.

Estas, sugiere Lipovetsky, manifestarán mayor inclinación por puestos de responsabilidad política que comprometerse en luchas por grandes puestos de poder en las empresas. Aceptarán mejor sacrificar una parte importante de sus vidas privadas por causas que vehiculen un sentido de progreso para los otros, que expresen un ideal común, que sacrificarse por funciones económicas marcadas sobre todo por el gusto del poder por el poder⁹.

Humillada y ofendida, seducida y degradada, anulada y exhibida, en la milenaria historia ha sido, mujer, en cualquier lugar del mundo, víctima del abuso y de la infamia, de la hipocresía y del engaño, de la injuria y del agravio, de la oferta y la demanda. Con artilugios y falacias viles, el hombre, en la machista sociedad, unas veces le hace soñar y le hace reina, y otras le condena a asumir el débil rol, bajo el yugo y las reglas del hogar y del trabajo.

Las fugas (el centro comercial, las revistas de modas y las telenovelas) la han hecho depender en la actualidad, aún más, económica, sexual y emocionalmente de ese hombre (nulificador) quien por temor o por cautela, por ruindad y por miseria, agrade sin razón su femineidad y ha negado su derecho a ser igual y diferente, a

9 Cf. Gilles Lipovetsky, *La tercera mujer*, op. cit., 260. Cf. Víctor Nava Marín, *Tercera mujer (mujer reivindicada)*, consultada en octubre 8, 2012, www.uaemex.mx/plin/colmena/Colmena%2063/Abeja/VNM.html.

elegir y a equivocarse; su derecho de ser y transformarse, de explorar y asumir, con valor y osadía sus habilidades físicas e intelectuales; su derecho a no ser objeto sexual, a sentirse libre y bella sin importarle la opinión ajena, a no hacer lo que ella no quiera y a conquistarse como mujer tercera.

Surge la tercera mujer que ha roto al fin el tradicional esquema de subordinación y dependencia. No es ya segunda ni primera (sometida a la esclavitud doméstica) o la simple imagen idealizada por la libidinal histórica de artistas y poetas («hada del hogar», «bello sexo», «meta del hombre», «musa inspiradora», «más elevada oportunidad del hombre»). Tampoco es ya blanco del encarnizamiento despreciativo ni de la adulación grosera.

Identitaria, digna e independiente, sin dejar de ser bella, ha conquistado finalmente la condición igualitaria; y ahora que del hombre la ha emancipado, osada y competente en las distintas esferas en las que se desenvuelve (educativa, laboral, intelectual) demuestra día a día su valor y sus capacidades, lo que hace de ella un ser física, social y humanamente imprescindible.

Nace un nuevo feminismo que reivindica el poder en igualdad con los hombres, que se esfuerza por reconciliar a las mujeres con el placer de ganar y el espíritu competitivo, que las invita a emprender el asalto de la jerarquía tras desembarazarse de sus viejas inhibiciones. Tras el feminismo victimista, ha llegado la hora de un «feminismo del poder»¹⁰.

5. Machismo y otro modelo de mujer

El origen del machismo y de las subordinaciones de las mujeres tal como las conocemos hoy hunden sus raíces en el proceso civilizatorio, entendido como cultura política típicamente citadina y patriarcal que surgió al compás de la revolución urbana, pero que dominó no solo sobre ciudades y aldeas antiguas; sino también sobre amplios espacios territoriales, donde podían vivir pastores y agricultores de

10 Gilles Lipovetsky, *La tercera mujer*, op. cit., 214.

manera rústica; ya fuesen campesinos o señores. Su antigüedad data del momento en que las sociedades humanas construyeron las primeras ciudades, como *urbs* y como *civitas*, según estas expresiones latinas clarificadoras de diferencias sustantivas, aunque el proceso social y político en cuestión date de varios miles de años antes de la conformación del mundo romano. Se trata entonces de la propia historia primigenia de nuestras instituciones políticas, aunque el paso del tiempo haya puesto sobre esa primera matriz civilizatoria patriarcal, muchos matices y confluencias con otras culturas que no habían logrado la experiencia citadina¹¹.

El machismo, como construcción cultural, es un modo particular de concebir el rol masculino, modo que surge de la rigidez de la mayor parte de las sociedades del mundo contemporáneo, para establecer y agudizar las diferencias de género entre sus miembros. Es así como se generan expectativas de comportamiento en torno del varón que incluyen valores y actitudes, conformando de este modo una concepción ideológica asentada en la superioridad del macho en relación con la hembra, superioridad que se ha pretendido fundamentar desde distintas perspectivas ideológicas a lo largo de la historia del pensamiento¹².

Todo ello genera una jerarquización cultural y social de las características masculinas en desmedro de las femeninas. Esta concepción implica, entonces:

- a. Una posición social de superioridad física y psicológica del varón con respecto a la mujer;
- b. como complemento de lo anterior, una actitud de desvalorización de las capacidades de la mujer; y, en consecuencia,
- c. una actitud discriminante hacia la mujer en el plano social, laboral y jurídico. De esta manera la mujer ocupa un lugar subordinado y sirve a las necesidades domésticas y sexuales.

11 María E. Argeri, «La campaña de los "260 hombres contra el machismo" y el feminismo ausente», *Aljaba* Vol.15 (2011): 233-236, consultada en octubre 8, 2012, www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1669-57042011000100019&script=sci_arttext.

12 Ángel Rodríguez Kauth, «El machismo en el imaginario social», *Revista Latinoamericana de Psicología* 2, Vol. 25 (1993): 275-284.

Curiosamente el machista es un personaje gentil y hasta galante para con las mujeres con las cuales no intima, más aún, ante una agresión verbal o física de una mujer suele responder pasivamente como despreciando al objeto femenino que no merece –precisamente por su falta de mérito– la atención de una respuesta violenta suya. En cambio, la mujer con la que mantiene una relación íntima también es un objeto despreciable, pero al que hay que hacerle sentir el rigor de la fuerza para que tenga claramente fijados los límites de quién es el que ocupa el lugar de supremacía.

Las mujeres directivas y las mujeres políticos no evalúan del mismo modo su mundo respectivo. Estas últimas, sin excepción, denuncian el machismo de su partido. Las directivas, jóvenes, muy instruidas, distan de mostrarse tan severas y declaran no percibir, en el lugar de trabajo, prácticas discriminatorias a su respecto¹³.

En la actualidad, se va imponiendo otro modelo de pareja, en buena parte de la cultura occidental cristiana. En el siglo xx, la presencia de dos guerras mundiales, urgió la necesidad y el valor del trabajo femenino, y ha dejado de ser legítima la subordinación de la mujer al hombre.

La mujer ha tomado, también en la familia, la autonomía en sus manos. La participación de ambos cónyuges en las decisiones importantes es igualitaria. El reparto de las tareas del hogar es objeto de negociaciones entre ambos. No obstante, de hecho, son las mujeres las que asumen la mayor parte de la responsabilidad en la educación de los hijos y en las tareas del hogar.

Aun con una mayor cooperación masculina en el hogar, el trabajo doméstico sigue marcado por la diferencia de sexo. Aunque se supla el trabajo físico del hogar con otras personas, el trabajo mental de la organización familiar (planificar los tiempos, pensar en las comidas, en las actividades de los hijos, de las compras y recados) sigue estando a cargo de la madre. La explicación de este fenómeno es compleja.

13 Gilles Lipovetsky, *La tercera mujer*, op. cit., 259.

Las mujeres suelen insistir en la «mala voluntad» de los hombres para empeñarse en tareas hogareñas; pero la carga de la tradición sigue siendo importante y raramente se le pide a los hijos que ayuden a limpiar la casa, los platos o el baño, como se suele pedir a las hijas¹⁴.

El lugar predominante de la mujer, en el hogar, perdura. Aunque ella ha cargado con el trabajo profesional fuera de casa, la mujer sigue asumiendo la mayor parte de las responsabilidades domésticas. Esta situación no solo parece depender de las presiones culturales o de la irresponsabilidad masculina, sino también de la gratificación que implica para la mujer dominar los dos mundos: el de la profesión y el del hogar, lo que le otorga a la mujer una dimensión mayor de sentido, de poder y de autonomía.

Se da cierta resistencia del poder materno que muchas mujeres no desean compartir. Pese a la carga que significa, ellas hacen valer el propio concepto de organización doméstica, de lo limpio, de lo ordenado, de la alimentación, etc., todo lo cual marca un territorio y una frontera de la que pueden disponer. Solo una reducida minoría de madres considera fastidioso o desagradable ocuparse de los hijos, de los baños y de su educación.

Aunque a veces, las madres consideren envidiable la situación de sus maridos, juzgan también que la vida masculina es demasiado unidireccional; y ellas –aunque aspiran a trabajos con responsabilidades empresariales y puestos políticos– desean, también, tener más tiempo para dedicarlo a su hogar. Los roles antiguos y los modernos parecen cohabitar, sin contradicción en el mundo de las madres posmodernas, que intentan, a pesar de todo, mantener su estilizada figura. Una opción deseada es la de llevar la tarea profesional al hogar y desde allí ejercer una doble tarea de madre y de profesional¹⁵.

En este contexto es fácilmente comprensible que las personas sientan que *no hay tiempo*. No hay tiempo para cocinar y se termina

14 *Ibid.*, 234.

15 *Ibid.*, 238.

comiendo un sándwich, sentado en un banco. No hay tiempo para leer un libro y se busca un programa televisivo que les resuma las noticias a las personas.

La era posmoderna no anula la oposición mujer privada/hombre público, sino que la reconstruye a su manera: de una manera menos ostentosa y más abierta a la competencia y aspiraciones femeninas. La cultura, y las mismas mujeres posmodernas, siguen marcando diferencias. Al considerarse aún a las jóvenes más frágiles y vulnerables, se las protege y vigila más; con más dificultad se autoriza a una adolescente a salir de casa de noche. Los varones reciben castigos y críticas con más frecuencia y menos ayuda; pero les autorizan antes a conocer un perímetro más amplio en sus barrios o ciudades.

Estas formas de comportamiento de parte de una familia posmoderna entorpecen el acceso a la autonomía de las jóvenes; pero, por otra parte, favorecen, en los jóvenes, y refuerzan el espíritu de riesgo, de confianza en sí mismos, de menor pasividad. Se les crea, de este sutil modo, una lógica educativa más orientada a la competición, a la agresividad, al enfrentamiento, a la autoafirmación y autoestima. En consecuencia, el joven quiere probar su fuerza, su excelencia y su virilidad.

Las jóvenes, por el contrario, se ven desfavorecidas en la competitividad por una socialización sobreprotectora, que genera una autoestima menos desarrollada. Pero este hecho no constituye una marca biológica e indeleble. Los sondeos realizados en empresas señalan que, a igual salario, las mujeres directivas desarrollan un sentimiento de competencia equiparable.

En resumen, si bien la cultura individualista y democrática desestabiliza los roles de los sexos, este proceso es contrarrestado por exigencias identitarias y sociales. Parece manifestarse que no nos dirigimos hacia una sola forma de socialización; sino que la mujer se identifica más con lo relacional, lo psicológico, la seducción, lo íntimo, lo afectivo, lo doméstico y estético. Mientras que los hombres –aun devaluándose los valores machistas– parecen identificarse al seguir

orientándose hacia lo instrumental, lo técnico-científico, la violencia y el poder. Incluso en una misma actividad, como es el deporte, los muchachos se orientan hacia la competición (ganar es un valor y un fin en sí mismo); y las chicas –que ahora practican deporte con más frecuencia– se concentran en la preparación, en mantenerse y estar en forma, y no le atribuyen la misma importancia a la competición, como a la actividad física en sí.

La mujer posmoderna ha conseguido reconciliar a la mujer radicalmente nueva con un permanente rasgo femenino. Salvadas las excepciones, no nos dirigimos hacia una supresión de las diferencias de género, sino hacia un creativo reciclado.

6. La mujer autónoma posmoderna

Las relaciones públicas entre el hombre y la mujer se han enfriado, y se rigen públicamente por la norma de cierta fría cortesía.

La mujer liberada (y la fantasía de capacidades pluriorgásmicas y vertiginosas), la presencia de hombres físico-culturistas o *stripers*, intimidan, por una parte, a los hombres, y aumenta el miedo a la mujer exigente y subyugante; y, por otra, paradójicamente, las fantasías masculinas de violaciones intimidan a las mujeres. De ambas partes, la masculina o la femenina, se aumentan las exigencias que ninguna puede satisfacer. Se acumula la violencia latente.

Solo aparentemente las personas parecen ser más sociables y cooperativas; pero detrás de la pantalla del hedonismo, cada uno explota cínicamente los sentimientos del otro¹⁶.

Las personas parecen atrapadas entre las redes del amor propio y de la necesidad del reconocimiento privatizado, de ser envidiado; mas sin sobresalir desmedidamente por encima de los demás. Se prefiere un medio ambiente distendido y comunicativo, con el deseo

16 Gilles Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (Barcelona: Anagrama, 1994), 69.

de ser escuchado, aceptado, tranquilizado, amado. Los encuentros de amigos/as son deseados y buscados.

La agresividad de los grandes movimientos sociales combativos de la Modernidad se ha recluido a las relaciones sentimentales de persona a persona. La autoabsorción narcisista, psicologizada, hace que cada uno busque y encuentre solo lo que desea: lo demás es indiferente.

Aparecen actual y legítimamente seres híbridos, sin pertenencia fuerte a un grupo. En una época posmoderna, donde prima el derecho a diferentes formas de vida, la identidad sexual, grupal y personal, se diluye. Las relaciones se vuelven *trans-* (transexual, transgrupal, transpersonal) en una reproducción ampliada del narcisismo, que lucha por la no discriminación legal de sus formas de vida.

El *Eros*, los sentimientos y la alteridad de los sexos aparecen, a veces, en el escenario posmoderno, como un cóctel complejo. Pero se debe distinguir lo pasajero y propio de algunos grupos, de lo que representa a la sociedad en su conjunto.

En numerosos aspectos la posmodernidad, más que un cambio y supresión de las diferencias, significa *un creativo reciclado de lo mismo*. También las mujeres posmodernas se declaran menos infieles que los hombres y tienen menos aventuras sexuales sin estar enamoradas. Pocas mujeres separan el goce sexual del compromiso afectivo, base de la fidelidad. El goce sexual sin amor es un tabú femenino. Un tercio de ellas pueden preferir la ternura y los mimos al acto sexual, según las encuestas¹⁷.

El erotismo femenino sigue alimentándose de imágenes sentimentales y un gran amor. Si bien un amor pasajero no es ajeno a las mujeres, ellas se liberan más fácilmente de tales experiencias sin turbación ni culpabilidad, según las encuestas realizadas por los profesionales de la sociología.

17 Cf. Gilles Lipovetsky, *La tercera mujer*, op. cit., 32.

En forma reciclada y en cierto modo diferente, en la época posmoderna de autonomía individual, los hombres siguen considerando a las mujeres como enigmáticas y contradictorias, imprevisibles, «complicadas»; y las mujeres prosiguen reprochándoles a los hombres sus egoísmos, sus faltas de psicología y de sentimentalidad.

El hombre se hace una imagen más visiva del amor y la pornografía lo estimula; pero la mujer se hace una imagen del amor fundada en el tacto, en los sentimientos, caricias, ternura y abrazos; y la pornografía, con sus contactos anónimos y sin intimidad emocional, desagrada a la mayor parte de las mujeres, por infamantes y carentes de poesía. La heterogeneidad es manifiesta también en este punto.

Al menos en el período del cortejo, la mujer se siente la soberana del hombre: ella no es tomada u ofrecida, sino que es ella la que elige darse y recibir las señas de amor del amante. Hay una valoración de sí misma en cuanto persona individual, como una subjetividad irremplazable, con plusvalía subjetiva y satisfacción narcisista. Incluso cuando la mujer debe esperar, ella lo toma como una forma de autovaloración y una manifestación de que el sexo no es el objeto primordial o exclusivo de su deseo. El hombre solo puede tomar lo que la mujer elige otorgar. El amor incluye, inicialmente, un cierto reconocimiento de derecho a ejercer un cierto dominio sobre el hombre. El amor es, sin embargo, en ambos, con matices propios, una fuente inagotable de sentido. Para lograrlo, la seducción siempre ha sido un arma eficiente.

En la posmodernidad, la nueva Eva posee una actitud más relajada, con relativa independencia económica y libertad sexual. El cortejo es más desenvuelto y prosaico, sin que medien expresiones de sentimiento, piropos, adulaciones masculinas o promesas. Hoy parece darse una época posromántica que, para formalizar una relación afectiva, solo requiere una receta minimalista: el limitarse a ser uno mismo, tener cierta estabilidad y ternura, sentido del humor, es lo que establece una relación más igualitaria, más cómplice. Más aún, en la cultura posmoderna y de masas, se acentúa el papel activo

de la mujer en la fase de entrada en materia de relaciones íntimas, con su atractivo físico o su elegancia. También ella suele ser la que en primer lugar establece el corte de una relación que se ha vuelto insatisfactoria¹⁸.

Se ha hablado de una feminización de los hombres y de una masculinización de las mujeres o de una homogenización de los roles sexuales. Lo que se da es más bien una *seducción selectiva*: la mujer –que ya conoce sus deseos y es más selectiva– seduce desplegando sus armas de mejoramiento del aspecto y exhibición estética. El hombre seduce selectivamente haciendo relucir el sentido del humor, su posición social o su notoriedad, su seguridad o audacia.

Las mujeres más libres e independientes resultan intimidantes para el varón, promovido a modelo de hombre tierno, el cual, a su vez, se siente frágil, inquieto respecto de sus capacidades viriles, acentuándose la pasividad masculina y la fatiga crónica de Don Juan.

Por otra parte, las mujeres advierten que –dejando el machismo de clases bajas (silbidos, piropos groseros, referencias explícitas al físico)– con frecuencia no hay hombres; o bien, que estos asumen una actitud evasiva o esquiva, en la época posmoderna. Según los sociólogos, esto no se debe a una falta de identidad viril; sino a un avance en la igualación de los modos de sentir de uno y otro sexo, y a una atenuación o una depasionalización del referente sexual en la pareja. En una vida donde el sexo no es ya algo prohibido sino casi trivial, cobra relevancia prioritaria la búsqueda de sentido y estabilidad en la vida, sobre el donjuanismo.

Consideración final

En el siglo XXI, al parecer nos hallamos ante una nueva sensibilidad y percepción social de la relación entre el hombre y la mujer. Como todos los fenómenos sociales, este es pluricausal y de no fácil

.....
18 Cf. *Ibid.*, 40.

valoración, puesto que las valoraciones se apoyan ya en una cultura previa o emergente.

El machismo es una vertiente del sexismo o prejuicio sexual que se expresa, por lo regular, de manera inconsciente en la mayoría de las sociedades humanas. Este sistema de creencias o ideología clasifica por grados de superioridad e inferioridad a los seres humanos según el grado en que actúan; esta clasificación se hace de acuerdo a las expectativas supuestamente «esenciales», «naturales» o «biológicas» de lo que representa ser un «verdadero hombre» o una «verdadera mujer»¹⁹.

Las personas son vistas y juzgadas con base en las características «biológicas», o «naturales» o «verdaderas» del grupo sexual al que pertenecen, sin tener en cuenta las diferencias que puedan darse entre ellos y dentro de ellos. El aprecio por la subjetividad, por la decisión libre de las personas ha puesto en cuestión esa forma tradicional de clasificación. Desde hace tiempo, se distingue genitalidad de sexualidad, lo cultural de lo psicológico y social.

Se advierte ahora que las formas de categorizar a las personas son fuertemente ideológicas, esto es, encubridoras de ciertos valores que benefician a ciertos grupos que ejercen o ejercieron el poder social.

En esas categorizaciones, se manifiesta frecuente y más o menos solapadamente, una actitud de desprecio y discriminación hacia la mujer. Ideológicamente se sostiene que el varón es superior y la mujer debe estar sometida al mundo masculino, y se deja sin manifestación ni crítica los supuestos provincianos de tales apreciaciones. Desde las primeras páginas de la Biblia, expresión de la cultura del Medio Oriente precristiano, desde la lectura biológica de Aristóteles (donde la mujer es pensada como un *error naturae*), y desde el monaquismo medieval, la mujer es considerada naturalmente como deficiente e

19 Cf. José María Mardones, *Posmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento* (Santander: Sal Terrae, 2008). José María Mardones, *Postmodernidad y neoconservadurismo* (Estella: Verbo Divino, 2007).

incompleta en relación con el hombre, naturalizándose las situaciones sociales, culturales y religiosas de privilegio²⁰.

Si bien Lipovetsky hace alguna referencia al origen histórico del trato de la mujer, en lo que él llama la primera y segunda mujer para pasar a la mujer posmoderna, no obstante, nuestro autor no se detiene críticamente sobre la evolución histórica de la construcción social del género. La sociología de Lipovetsky es fuertemente descriptiva, pero poco crítica, como Zygmunt Bauman lo ha hecho notar²¹. Lipovetsky bien podría tener presente la abundante referencia a la historia de la reivindicación francesa de las mujeres por género²². No obstante cabe advertir que Lipovetsky no es –ni desea ser– un historiador, sino más bien un sociólogo que describe la situación presente de las relaciones sociales. No podemos pedirle, pues, más de lo que un autor se propone expresar, aunque los lectores lo puedan desear.

No hay ciertamente base «natural» sostenible para dichas ideas. Es más, hoy se ha revertido la acentuación. Si bien la Biblia, en el contexto literario de la época, considera que la mujer es creada a partir de la costilla de Adán, (lo que Tomás de Aquino ve como muy conveniente para la dignidad del hombre: *quaedam dignitas primo homini servaretur*), la biología contemporánea advierte que, genéticamente, todos los humanos nacemos mujer y luego viene, en algunos casos, la diferenciación masculina: es el macho o varón el que surge genéticamente de la mujer. La vida prosperó, evolutivamente, por miles de millones de años sin la distinción de hembra o macho; y se prevé que el gen masculino es recesivo. Si la especie sobrevive, es previsible que en miles de millones de años, las mujeres sabrán

-
- 20 «Homo genitus est simile generanti in natura humana, cuius virtute pater potest generare hominem». Thomas Aquinas, *Summa theologica*, Ia., q. 41, a. 5, c. «Conveniens fuit mulierem in prima rerum institutione, ex viro formari, magis quam in aliis animalibus. Primo quidem, ut in hoc quaedam dignitas primo homini servaretur, ut, secundum Dei similitudinem, esset ipse principium totius suae speciei, sicut Deus est principium totius universi». *Ibid.*, Ia., q. 92, a. 2, c.
- 21 Cf. «Lipovetsky no explica, solo describe; toma casos particulares sin compromiso alguno, como si fuesen universales». Zygmunt Bauman, *Ética posmoderna: sociología y política* (Madrid: Siglo XXI, 2007), 8-9.
- 22 Cf. Michelle Perrot. «¿Dónde está el feminismo en Francia?». Entrevista realizada por Ingrid Galster en la revista *Arenal* 2, Vol. 4 (2001): 291-399. En esta entrevista el lector encontrará una rica y abundante bibliografía sobre la construcción histórica y social del tema del género.

arreglárselas sin los hombres. De hecho hay especies hermafroditas y especies en las cuales el sexo aparece o desaparece según la necesidad de la sobrevivencia de ese tipo de vida²³.

No obstante, en los grupos sociales que han luchado por la discriminación contra la mujer, el machismo se sigue expresando en actitudes más sutiles, como pagar mejores salarios a los varones por desempeñar funciones similares o iguales a las de las mujeres, o conceder a los hombres los mejores accesos a puestos de responsabilidad gerencial, política o religiosa. También se observa en mensajes publicitarios que de un modo u otro denigran a la mujer o la relegan a funciones como el hogar y la familia. Como en todos los fenómenos sociales, la cuestión es compleja.

La cultura, la sociedad, los estereotipos y nuestras mismas madres nos han educado para aprender que existen hombres y mujeres, ambos con características, obligaciones, emociones y tareas «diferentes»²⁴. Por decirlo de una forma más simple y tradicional: hemos aprendido que *el color rosa es para la mujer y el azul para el hombre*. El machismo no es genético, pero no hay nada que lo transmita mejor que una madre.

Lamentable o no, somos nosotras mismas las que menospreciamos nuestra condición de féminas, desde servirle de comer a papá, a los hermanos, al novio y, en su caso, al marido. Si tenemos una pareja de hijos, la niña debe lavar y planchar su ropa, mientras que el varoncito solo se dedica a ensuciarla²⁵.

La conquista de un espacio igualitario continúa y requiere repensar las formas sociales, los roles y el modelo de una tercera mujer.

23 Cf. Charles Darwin, *El origen de las especies*. Cap. iv, consultada en mayo 23, 2012, www.marxists.org/espanol/darwin/1859/origenespecies/04.htm. Cf. Antonio De Moya, «El machismo: ¿cómo afecta a las mujeres y a los mismos hombres?», consultada en agosto 4, 2012, www.geledes.org.br/areas-de-atuacao/questoes-de-genero/180-artigos-de-genero/9204-el-machismo-icomo-afecta-a-las-mujeres-y-a-los-mismos-hombres.

24 Cf. Gilles Lipovetsky, *Educación en la ciudadanía* (Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo, 2006).

25 Cf. *Crisálida, una esperanza perenne*, consultada en octubre 12, 2012, <http://crisalidaunaesperanzaperenne.blogspot.com.ar/2011/08/las-mujeres-tambien-somos-machistas-49.html>.

bibliografía

- Argeri, María E. «La campaña de los "260 hombres contra el machismo" y el feminismo ausente», *Aljaba* Vol. 15 (2011): 233-236. Consultada en octubre 8, 2012. www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1669-57042011000100019&script=sci_arttext.
- Bauman, Zygmunt. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- _____. *Archipiélago de excepciones*. Buenos Aires y Madrid: Katz Barpal Editores, 2008.
- Bauman, Zygmunt y Tester, Keith. *La ambivalencia de la modernidad*. Madrid: Paidós, 2002.
- Castell, Robert. *El ascenso de las incertidumbres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Crisálida, una esperanza perenne*. Consultada en octubre 12, 2012. <http://crisalidaunaesperanzaperenne.blogspot.com.ar/2011/08/las-mujeres-tambien-somos-machistas-49.html>.
- Daros, William Roberto. «La religiosidad cristiana posmoderna en la interpretación de Gianni Vattimo». *Logos* 109 (2009): 53-85. Consultada en abril 15, 2012. www.williamdaros.wordpress.com.
- Darwin, Charles. *El origen de las especies*. Cap. IV. Consultada en mayo 23, 2012. www.marxists.org/espanol/darwin/1859/origenespecies/04.htm.
- De Moya, Antonio. «El machismo: ¿Cómo afecta a las mujeres y a los mismos hombres?». Consultada en agosto 4, 2012. www.geledes.org.br/areas-de-atuacao/questoes-de-genero/180-artigos-de-genero/9204-el-machismo-icomo-afecta-a-las-mujeres-y-a-los-mismos-hombres.
- Durand, Béatrice. «La parité, entre nature et culture». *Lendemains*, 91/92 (1998): 115-125.

- Erazo, Viviana y Maurell, Pilar. «La tercera mujer de Gilles Lipovetsky», *Antroposmoderno*. Consultada en abril 15, 2012. http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=4.
- Finkielkraut, A. *La humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo xx*. Barcelona: Anagrama, 2008.
- Ganito, Carla y Maurício, Ana. «Entrevista a Gilles Lipovetsky». *Comunicação e Cultura* 9 (2010): 155-163.
- Lipovetsky, Gilles. *Educación en la ciudadanía*. Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo, 2006.
- _____. *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- _____. *El imperio de lo efímero: La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- _____. *El lujo eterno: De la era de lo sagrado al tiempo de las marcas*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- _____. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- _____. *La felicidad paradójica: Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- _____. *La sociedad de la decepción*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- _____. *La tercera mujer: permanencia y revolución de lo femenino*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- _____. *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- _____. *Metamorfosis de la cultura liberal: Ética, medios de comunicación, empresa*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- Lipovetsky, Gilles y Juvin, Hervé. *El Occidente globalizado. Un debate sobre la cultura planetaria*. Barcelona: Anagrama, 2011.
- Lipovetsky, Gilles y Roux, E. *El lujo eterno. De la era de lo sagrado al tiempo de las marcas*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- Lipovetsky, G. y Serroy, Jean. *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*. Barcelona: Anagrama, 2010.

- _____. *La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era hipermoderna*. Barcelona: Anagrama, 2009.
- Loizaga, P. *Mito y sospecha posmoderna*. Buenos Aires: Lexicus, 2011.
- Luhmann, N. *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- Lyon, David. *Postmodernidad*. Alianza: Madrid, 2006.
- Lyotard, J.- F. *La condición postmoderna*. Buenos Aires: REI, 1987.
- Mardones, José María. *Posmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*. Santander: Sal Terrae, 2008.
- _____. *Postmodernidad y neoconservadurismo*. Estela: Verbo Divino, 2007.
- Morgade, Graciela. *Aprender a ser mujer, aprender a ser varón*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 1992.
- Mossuz-Lavau, Janine. *Femmes/hommes pour la parité*. París: Presses de Sciences Po, 1998.
- Nava Marín, Víctor. *Tercera mujer (mujer reivindicada)*. Consultada en octubre 8, 2012. www.uaemex.mx/plin/colmena/Colmena%2063/Abeja/VNM.html.
- Perrot, Michelle. «¿Dónde está el feminismo en Francia?». Entrevista realizada por Ingrid Galster en la revista *Arenal 2*, Vol. 4 (2001): 291-399.
- Renaut, A. *L'Ére de l'Individu*. Paris: Gallimard, 2009.
- Roa, A. *Modernidad y posmodernidad. Coincidencias y diferencias fundamentales*. Santiago: Andrés Bello, 2005.
- Rodríguez Kauth, Ángel. «El machismo en el imaginario social». *Revista Latinoamericana de Psicología 2*, Vol. 25 (1993): 275-284.
- Simón Rodríguez, María Elena. *La igualdad también se aprende*. Madrid: Narcea, 2010.
- Todorov, T. *El hombre desplazado*. Buenos Aires: Taurus, 2008.

Enviado: 29 de enero de 2014

Aceptado: 2 de abril de 2014